

Beatriz de la Fuente: historiadora del arte

Sergio Raúl Arroyo
Instituto Nacional de Antropología
e Historia, Conaculta

Posiblemente, en la antigüedad mexicana el artista —apelo a una licencia semántica para nombrarlo así— era considerado un ser predestinado, alguien que sabía “dialogar con su propio corazón”, susceptible de convertirse en *tlayoltehuaini*, “aquel que introduce el simbolismo de la divinidad en las cosas”. Este concepto ancestral es punto de partida privilegiado para definir la tarea del historiador de arte como oficiante de una disciplina hermana de la arqueología, y en especial la de quienes se dedican al estudio del arte prehispánico.

Ese tiempo, proyectado desde un pasado con incesantes transfiguraciones, tiene múltiples formas: es un jaguar que atraviesa selvas y planicies, que acecha el mediodía y vigila casi toda la noche mesoamericana, una mariposa de barro o de obsidiana que revolotea con persistencia en algunas obras, como la de Octavio Paz, Efraín Huerta o Fernando Rodríguez; es un universo de piedra, estuco y pigmentos con los que se reproducen cosmos siderales y cosmos internos, que contienen crónicas deslumbrantes en las que desfilan guerras sin fin, rituales herméticos, *sabidurías fabulosas y noticias precisas de un mundo que albergó espacios y tiempos peculiares e irreductibles, mercaderes, sacerdotes, ejércitos.*

Abrir las puertas de ese mundo es una experiencia compleja que nos lleva a una tierra en la que, gracias a algunos estudiosos, aún podemos escuchar con un asombro inexorable un insistente rumor de preceptos, reflexiones y adivinaciones, cuyas formas, a veces preservadas sólo en silenciosos testimonios, requieren un paciente desciframiento y una celebración estética. Éstos son los territorios que asocio a la oficiosa personalidad de Beatriz de la Fuente.

Seguramente las ponencias de los especialistas que serán escuchadas en ocasión de este homenaje contribuirán a enriquecer, a través de la materia que nos ofrece el arte, las múltiples e inabarcables pasiones estéticas de las sociedades prehispánicas. Hallazgos, análisis innovadores y polémicas deseables, verán la luz durante este feliz encuentro que indudablemente será una fiesta para todos, ade-

más de materializar reconocimientos y múltiples menciones al extenso, brillantísimo trabajo inseparablemente académico y vivencial de Beatriz de la Fuente. De modo muy sencillo, sólo deseo hacer un breve comentario sobre la labor de investigación de la doctora, arriesgando algunas intuiciones personales sobre lo que he podido conocer de su obra.

Asumo que, desde sus comienzos, ella tomó lo mejor de la teoría estética occidental para desarrollar un análisis casi íntimo del arte prehispánico que no sólo describe, sino que compromete una comprensión y una explicación de las cosas, visión con una indudable carga pedagógica, cuyo centro de gravitación es la necesidad de escudriñar nuestro pasado para esclarecer y delinear lo que ella llama “nuestra conciencia de patria”. La doctora plantea que no es del todo válido hablar de arte prehispánico *en general* ya que Mesoamérica es un mosaico de culturas diversas, y advierte en torno al “trauma de la pluralidad”, que nos hace vulnerables a los mexicanos, pero propone la estima de nuestro legado arqueológico y artístico como la cura inexorable para ese mal. “Ahí donde crece el peligro, nace lo que salva”, dice el poeta.

Me parece que lo anterior quiere decir que, además de definir arqueología e historia del arte como términos complementarios, no antinómicos, en el análisis de nuestro patrimonio artístico, ella ha destacado el homocentrismo, tanto de los objetos de arte en sí de las diversas culturas mesoamericanas, como el de la finalidad de su estudio, hallando de esta manera su especificidad.

El arte mesoamericano posee su propia estética, mantiene una relación irreductible con el mundo, luego entonces debe contar con definiciones específicas sobre su misma naturaleza original. Las indagaciones de Beatriz de la Fuente en materia plástica nunca han sido mero ejercicio intelectual. Su búsqueda de estilos, entendidos éstos como evidencias perceptibles de la unidad de una cultura, en el arte mural en Teotihuacán y Bonampak y en la escultura monumental olmeca, entre otras muchas, trascendieron desde el principio el análisis formal, hicieron énfasis en el método iconográfico y perfilaron modalidades generales y locales. A mi parecer, una aportación central de su trabajo ha sido precisamente señalar como primerísima tarea del historiador del arte prehispánico la bús-

queda de los simbolismos intrínsecos de la razón y de la divinidad entre nuestras culturas antiguas.

En su discurso de ingreso a El Colegio Nacional como primera integrante femenina, en 1985, la doctora De la Fuente establece la necesidad de penetrar con el sentimiento, con los sentidos, en el objeto de arte. Como en tal trayecto el riesgo necesario es la subjetividad, en él resulta indispensable, según sus propias palabras, “la crítica propia y ajena”, la confrontación entre diferentes puntos de vista sobre un mismo concepto.

Quienes sabemos de su desempeño académico en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, casa de estudios en donde también encabezó la Dirección General de Publicaciones, así como del gran apoyo brindado a lo largo de los años al Instituto Nacional de Antropología e Historia —donde contamos con el privilegio de tenerla como consejera (cuyas últimas aportaciones son la iniciativa del proyecto del Museo de la Pintura Mural Teotihuacana y las Mesas de Palenque), sabemos que, además de sus reconocidas características de investigadora originalísima, brillante docente y dedicada divulgadora, la doctora ha predicado con el ejemplo en cuanto a sus recomendaciones: su rigor en el trabajo, su sensibilidad, siempre han estado acompañadas de una particular apertura a la discusión, de un paradigmático espíritu de convivencia académica, encabezando cátedras memorables y esfuerzos monumentales como es el caso del proyecto interdisciplinario La Pintura Mural Prehispánica en México, que coordina desde 1990 en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, centro de sus actividades de investigación. Es autora de títulos fundamentales como *Los hombres de piedra*, exploración inédita de los olmecas, *Peldaños en la conciencia*, *Escultura funeraria prehispánica*, y ha sido merecedora, además, de las más altas distinciones a las que puede aspirar un investigador en México —es Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía en 1989, Premio Universidad Nacional en 1992, en el ámbito de la Investigación Humanística, titular de Cátedra Patrimonial de Excelencia nivel I del Conacyt y miembro, como ya lo hemos mencionado, de El Colegio Nacional.

Sin embargo, todos lo sabemos, un listado de méritos, por altos y justificados que sean, no alcanza a definir a una persona. Tal vez ella estuviese de acuerdo,

Beatriz de la Fuente: historiadora del arte

desde su propia perspectiva, en que ha sido fundamentalmente una mujer que ha sabido dialogar con su propio corazón en el ejercicio de su profesión, de su devoto oficio, y que también lo ha hecho durante toda una vida con sus objetos de estudio buscando, al modo de los *tlayoltehuaini*, el simbolismo de la divinidad en las cosas.

Finalmente, preguntarse por esa antigüedad es preguntarse por uno mismo. Beatriz de la Fuente es el testimonio de una larga fidelidad a esa pregunta silenciosa.